

“La Fama”

Verano de 2001

Álex y yo solíamos bajar con la bicicleta a rodear el pueblo, para luego desembocar en nuestro escondite secreto; una pequeña cueva vestida de musgo con vistas al monte. Lo descubrimos un año atrás, pudiendo ya explorar el lugar a nuestras anchas con el permiso de nuestras madres.

Siempre habíamos sido soñadores. Nos tumbábamos en la hierba hablando del importante puesto que ocuparíamos en el mundo; seríamos los más poderosos y ricos del mundo entero.

Claro que, entonces, no sabíamos lo que supone el poder en el mundo que conocemos.

Actualidad

Suena la alarma, una mañana más. Las seis y media.

Me levanto, desganado, y como siempre asisto a mi trabajo. Soy el periodista de turno en la Fox. Mirando de cara a todo lo que quise ser, no está tan mal. Podría haber acabado de fontanero, o algo así. Por lo menos, aparece mi nombre entre una lista interminable de gente que trabaja aquí. Sin embargo, a Álex le había ido de maravilla. Él siempre había sido un chico carismático y ambicioso, cualidades de las que yo carecía.

Mi mejor amigo había triunfado en poco tiempo; le conseguí un trabajo en la cadena y rápidamente fue ascendiendo, hasta aparecer en famosos “realities”. Tenía una gran relación con los jefes; les gustaba. Llegó a participar en grandes títulos de la gran pantalla, asistir a famosos eventos de la alfombra roja y hasta abrirse cuentas en las redes sociales.

Yo apenas tenía ocasión de verle los últimos meses, pero algo había cambiado en él. No sé si soy paranoico, obviamente llevamos mucho tiempo sin vernos, nuestra relación no iba a ser igual a la de antaño, pero simplemente tengo la certeza de que algo le ha sucedido.

Unas semanas después, el día de mi cumpleaños, conseguí quedar con él. Estaba muy emocionado por poder volver a conversar con él sobre todo y nada, como siempre hacíamos.

Álex llamó a la puerta, y tras abrirle nos sentamos en el sofá para ponernos al día de nuestras vidas.

-- ¡Qué ilusión verte por fin, Lex! ¿Cómo te va todo, tío?

-- Bueno, no me puedo quejar. Tengo demasiados proyectos pendientes, ya sabes cómo va esto.

Le observo detenidamente. Está pálido, tiene una expresión seria en la cara. Y su tono conmigo... ya no es el mismo. Sus gestos son más mecánicos, como si hubiera olvidado cómo relajarse. Me muerdo la lengua y continúo como si nada.

-- ¡Ánimate, hombre! Esto es lo que siempre habías querido, ¿no? Además, tiene que ser tan fascinante asistir a eventos y fiestas tan lujosas. ¡Eres amigo de todo el mundo en el paseo de la fama, joder! Ya me gustaría a mí.

Álex adopta una expresión oscura, y tarda en responder. Sus ojos se desvían, fijándose en un punto inexistente durante un segundo. Cuando lo hace, vuelve a cambiar a su expresión normal. Un escalofrío me recorre la nuca. No me ha gustado nada esa expresión.

-- Sí bueno, aunque mucha de esa gente es un muermo, ya sabes. A veces hay que aparentar amistad y felicidad delante de la cámara, ¡Jajaja!

La reunión se alarga. Cambiamos de tema y acabamos hablando sobre nuestra familia y el pueblo que tanto adorábamos. Todo parece transcurrir de maravilla, pero yo no estoy tranquilo.

Siempre he podido notar comportamientos extraños en la gente, o incluso intrigarme por acciones que podrían traer consecuencias. A eso todo el mundo le llama “paranoia”, pero yo prefiero llamarlo “intuición”.

Álex ha mirado su teléfono más de veinte veces y ha atendido dos llamadas en la hora que lleva en mi casa. Algo no va bien.

De un momento a otro le llega un mensaje que le deja pálido. Sus manos tiemblan levemente al leerlo. Veo como una gota de sudor cae de su frente y casi hasta puedo sentir su corazón acelerarse. Se levanta automáticamente para coger sus cosas.

-- Lo siento, pero tengo que irme. Hay una reunión muy importante a la que debo asistir. No quiero imaginarme cómo se pondrán si no voy...

Confirmado, aquí está pasando algo.

-- ¡Valla rollo! ¿Justo ahora? ¿No podía ser mañana?

-- Es el precio del poder, amigo mío.

Atraviesa la puerta y se marcha. Me quedo en silencio casi durante un minuto entero analizando su respuesta: *“Es el precio del poder, amigo mío”*.

Y así, como si fuera un forense, comienzo a probar a juntar piezas de un puzle muy complejo. Después de un rato dándole vueltas al tema, me fijo en la mesilla. Se ha dejado las llaves de casa. La primera idea que se me pasa por la cabeza es ir tras él para devolvérselas, pero acabo obedeciendo a mi instinto y me dispongo a ir a su casa yo mismo.

Cojo el coche y comienzo mi intrigante trayectoria hasta la casa de mi mejor amigo cuando, a los diez minutos de viaje, enciendo la radio y escucho esa impactante noticia.

Lachlan Murdoch, el CEO de la Fox y nuestro jefe de mayor cargo, ha sido detenido por tráfico sexual de menores, distribución de sustancias ilegales y crimen organizado en sus eventos y fiestas. Además, la policía ha encontrado listas que incluyen a prácticamente toda la cúpula de famosos de Hollywood involucrada en este crimen.

Noto cómo un desagradable escalofrío me recorre el cuerpo y me pone los pelos de punta.

“¿Cómo puede el ser humano cometer tales atrocidades?”, pensé mientras procesaba lo que acababa de oír.

Entonces paré en seco, había llegado a la casa de Álex.

“Álex...”

En ese momento, mirando el exterior de su casa, recordé su estrecha relación con Murdoch, y me aterrorizó la idea de que él pudiera estar involucrado en esto.

No podía ser. Conocía a Álex desde que éramos unos críos y él nunca sería capaz de hacer cosas así. Siempre había sido bondadoso y honorable con todos los que le rodeaban, no podría haber cambiado de un día para otro.

Bajé del coche y me dispuse a abrir la puerta de su casa. Entré y todo estaba iluminado gracias a los grandes ventanales, sus muebles eran minimalistas y olía a Cedro. Di varias vueltas por la estancia esperando encontrar pistas que pudieran relacionarle con lo sucedido, y como era de esperar, no encontré nada.

Sentí un gran alivio y mi cuerpo se relajó por completo.

“Hay que ser idiota. ¿Cómo iba a pensar que mi mejor amigo podría haber colaborado en tal crimen? Le conozco de hace mucho y sé que nunca podría hacer algo así, ¡si hasta le daban miedo las películas sobre casos de asesinatos y misterio!”

Entonces escuché unos golpes bajo mis pies. Me quedé paralizado, nunca supe que tenía un sótano. Ninguna línea de metro pasaba debajo de su casa, así que no cabía duda.

Se me encogió el estómago. Apreté los puños, intentando controlar el temblor de mis manos, y aun así decidí buscar una entrada que me llevara a ese lugar. Acabé descubriendo un falso suelo debajo de una de sus grandes alfombras y me dispuse a bajar las escaleras, que crujían suavemente con cada paso, como si quisieran advertirme de lo que estaba a punto de ver.

Allí encontré una mesa metálica con un portátil antiguo y varios documentos sobre la mesa, a los que me acerqué para leer detenidamente. Al principio parecían cosas inocuas, pero al detenerme... Estaban llenos de nombres, algunos de ellos tachados, cosa que me perturbó, aunque decidí continuar leyendo. Encontré contratos ilegales y una carpeta que contenía documentos sobre cargos policiales contra famosos, casos que quedaron cerrados sin aparente resolución. En la estancia también encontré cajones con sustancias ilegales y algún fajo de billetes, pero lo que más me impactó no fue eso, sino un dispositivo USB que había dentro de uno de los cajones. Por suerte siempre llevo un adaptador para mi teléfono, que muchas veces me es necesario en mi trabajo, así que lo enchufé en mi móvil.

“No puede ser...”

Estoy en shock. En la pantalla empiezan a aparecer pequeñas grabaciones de niños sirviendo en las fiestas que organizaba el condenado CEO de la Fox, de cámaras privadas en habitaciones por todo el país, ficheros que contienen información completa sobre estos niños, grabaciones... Todos ellos se organizaban en carpetas nombradas con fechas, o con la palabra “pendiente”.

¡TUM! ¡TUM!

Vuelvo a escuchar esos golpes, esta vez más intensos. Un sonido hueco y desesperado.

Proviene de la pared de detrás de la mesa. Dejo el teléfono, aún temeroso de lo que acabo de

ver, y palpo la pared en busca de un accionador para ver lo que sucede al otro lado. Cuando lo pulso, se desliza una pesada puerta de madera que me desvela la verdad.

El aire es denso, húmedo, con un olor metálico que me eriza la piel. La sangre abandonó mi rostro y era incapaz de pestañear, el horror que sentí en ese momento me dejó paralizado.

Encontré una celda con dos de los niños que había visto anteriormente en sus documentos, atados a una silla y cubiertos de hematomas por todo el cuerpo. Estaban esqueléticos y con la apariencia de no haberse lavado en mucho tiempo. En la estancia solo había un cinturón, una cámara y un pasamontaña, además de manchas de sangre en la pared.

Una de las criaturas se las había apañado para impulsarse y saltar de la silla para que esta chocara con el suelo y pudiera hacer el ruido suficiente para captar mi atención. Este logró murmurar:

-- Por favor, no nos dejes aquí, ayúdanos.

-- ¿Qué...? ¿Quién ha sido capaz de haceros esta atrocidad?

Se oyen pasos detrás de mí. Los niños agachan la cabeza y comienzan a temblar del miedo.

-- No estaba en mis planes que te enteraras de esto, amigo.

-- ¡Álex! ¿Qué es todo esto? Tío, ¿qué has hecho?

-- Siempre he soñado con la fama y el poder, ha sido mi motivación todos estos años para seguir adelante. Tú me has dado la oportunidad de ser alguien y yo la aproveché, con todas sus consecuencias.

-- ¡Joder, Lex! Esto es horroroso, ¿cómo has sido capaz de meterte en esto?

-- Hay tantas cosas que no sabes del mundo real... No todo es un camino de rosas, siempre hay que tomar decisiones amargas para alcanzar tus sueños. Como bien te advertí, es el precio de la fama.

-- Nunca me habría imaginado esto de ti... Es tan surrealista... Siempre has sido mi mejor amigo, pero parece que nunca te he conocido realmente...

-- Lo siento, tío, pero no puedo dejarte ir habiendo visto todo esto. Ya sabes, cosas del protocolo...

--¿Qué...?

¡BUM!

Álex saca una pistola y me dispara en el pecho. Caigo al suelo, desangrándome, y mi visión se vuelve negra.

Siempre creí que la fama era un premio. Un reconocimiento por el talento, el esfuerzo, la autenticidad. Pero estaba equivocado. No es un premio. Es una máscara. Un espejismo brillante que oculta algo mucho más oscuro detrás.

Ahora lo entiendo. La fama no se alcanza, se negocia. Se firma con condiciones invisibles, con precios que nunca se pagan en dinero. Se paga con principios, con pedazos de tu alma, con el silencio ante cosas que deberían gritarse al mundo.

Vi a Alex convertirse en alguien irreconocible, pero ahora sé que no cambió... solo dejó de fingir. La fama no lo corrompió, solo amplificó lo que estaba dispuesto a hacer para mantenerla. Y lo más aterrador no es lo que hizo. Es cuántos están dispuestos a hacer lo mismo.

Nos venden la idea de que el éxito es llegar alto, pero nadie te cuenta qué hay en la cima. No es luz. No es gloria. Es frío. Es soledad. Es un eco constante que te recuerda todo lo que tuviste que enterrar para llegar allí. Y lo peor de todo... es que, una vez que estás arriba, nunca puedes bajar sin que el mundo vea lo que realmente eres.

FIN